

Julio Trujillo

Buscar

Los árboles lo saben,
se detienen siempre a respirarlo
con sus robustos pulmones.
Se detienen.

Está en el tacto,
en ir reconociendo
que en tus manos pulsa otra sangre,
otra paloma que enorgullece el pecho
ante mi estímulo.

Es en la sangre el filo de los cauces,
la hebra de su trama,
su inminente salida.

Lo saben los adictos al silencio,
su arenga muda lo evidencia.
Presumo la elocuencia
de esa lengua.

(No obedecen las manos,
ante mis ojos asombrados
dibujan sus caprichos en la atmósfera.)

Todo esto es parte de una savia pertinaz
que avanza izando su cadencia
y el misterio de su ahínco
entre los deltas del aire.

Muy en el fondo,
donde el vacío hace su claustro
al amparo de la luz
y de la forma,
se eleva un pulso mínimo,
y sé que se me oculta su tañido.

La música lo asume,
horada el aire con el sable de su acento,
levanta túneles fugaces,
fulgen sus galerías y en un instante
se demuelen y reanudan.

Nada es lo mismo ante su audiencia:
enciende las mejillas de la fruta,
una palabra en pleno vuelo es
un antílope,
una araucaria es para siempre una palabra.

Lo estoy buscando ahora
en la osamenta de mi canto,
lo estoy fraguando. ♦